PROYECTO MILGRAMBOCETO

¿Debe hacerse la crítica [illegible]

FOTO: ANDRÉS DE GABRIEL

Volviendo al proyecto en cuestión, lo visto en el **Valle Inclán**, no es el resultado final, sino su estado en el tramo último de su desarrollo. Se pretende someter a la consideración del público lo hecho hasta ese momento, de tomar nota de sus opiniones y tal vez asumirlas, aunque, por supuesto, nadie obligue a ello. Pero sí será su reacción la que, en buena medida, determine la vida futura del espectáculo. Volviendo a la pregunta que el crítico se hacía al principio de estas líneas, su respuesta es que él también es público y, en su condición de tal, no hay motivos que le impidan opinar sobre lo visto.

El primer fruto de “**Escrito para la escena**” es *Proyecto Milgram*, de Lola Blasco. Alude el texto a **Stanley Milgram**, profesor estadounidense de origen judío, que en 1961 llevo a cabo un experimento orientado a medir la disposición de los individuos para obedecer las órdenes recibidas de una autoridad, aún en los casos en que les repugnaran o entraran en colisión con sus convicciones personales. En cada sesión participaban tres personas, de las cuales una era el científico o investigador que la controlaba, único conocedor de la verdadera naturaleza de la prueba. Los otros dos, contratados mediante anuncios publicados en la prensa con el falso reclamo de que participarían en unos ejercicios sobre el aprendizaje y la memoria, asumían, respectivamente, los papeles de profesor y alumno. Aquél formulaba preguntas y éste debía responderlas correctamente. En caso de no hacerlo era castigado con una descarga eléctrica, que, a cada fallo, era más intensa. Cuando los gritos del alumno se hacían tan insoportables que el profesor se resistía a seguir torturándole, el investigador le obligaba a continuar en nombre de la ciencia. El castigo era fingido, pero, de los dos, el único que lo sabía era el que actuaba como alumno, cuyo papel era asumido por un actor. Así, pues, el conejillo de indias era el profesor, cuyo comportamiento era el objeto del experimento. Los resultados, que fueron demoledores,

vinieron a confirmar esa inclinación del ser humano a justificar conductas delictivas o simplemente reprobables con el argumento de que se limitaron a cumplir órdenes dictadas por sus superiores. Ningún sentimiento de culpa y, en consecuencia, ausencia total de arrepentimiento. Grandes criminales se han parapetado en el principio de la obediencia debida para proclamar su inocencia. En la historia de la humanidad, abundan los ejemplos. En su obra,

Lola Blasco
recuerda dos: el de
Pilatos
y el de
Adolf Eichmann
. El primero lo sazona con gotas de humor derivadas de la curiosa y desenfadada interpretación que hace del relato bíblico. El del miembro de las SS, detenido en Buenos Aires y ejecutado en Israel tras ser juzgado por crímenes contra la humanidad cometidos durante la
Segunda Guerra Mundial
, reproduce parte de su declaración ante el tribunal que le juzgó. No negó su participación en el diseño de la solución final ni en la organización del transporte de deportados judíos a los campos de exterminio. Nada tenía contra ellos, argumentó en su favor. Según él, la responsabilidad de lo sucedido correspondía en exclusiva al gobierno alemán, al que servía con fidelidad y sin cuestionar sus decisiones.

La autora sitúa el comienzo de los experimentos del
proyecto Milgram
a los tres meses de que se celebrara el juicio contra
Eichmann
. El nexo de unión entre ambos acontecimientos parece evidente. Sin embargo, al crítico no le cuadran las fechas, pues, si sus datos son ciertos, el criminal nazi fue condenado a morir en la horca el 15 de diciembre de 1961 y la sentencia se ejecutó en mayo del año siguiente. En cuanto al
proyecto Milgram
, su inicio tuvo lugar en julio del 61. Esa discrepancia no cuestiona la existencia de un nexo de unión entre ambos acontecimientos. La autora, sin duda mejor documentada, podría explicarlo. En todo caso, lo importante es que
Lola Blasco
ha puesto sobre el tapete un hecho estremecedor: la evidencia de que buena parte de la humanidad es proclive a comportarse como lo hizo
Eichmann
.
Milgram
fijó el porcentaje de los que culminaron su experimento en un 65 %.

Lo que hemos visto en el
Valle Inclán
es más que una lectura y algo menos que una representación teatral. Aunque no lo sea, se parece mucho a lo que llamamos
semimontados

, esa suerte de espectáculos que el dramaturgo argentino
Roberto Cossa
definió como un modo de dar a conocer obras que merecen llegar a los escenarios, respetando los códigos de la teatralidad con la única excepción de que el texto es leído por los actores. Si
Proyecto Milgram
no encaja del todo en el apartado de los
semimontados
, se debe a que no estamos ante un texto definitivo, sino ante un boceto muy adelantado, que alcanzará la categoría de obra terminada cuando la autora dé, si lo estima conveniente, los últimos toques tras esta especie de ensayo general con todo. Por ello, nuestro juicio no es definitivo. Llegará en su día si la obra, como es deseable, es representada de forma regular.

El asunto de
Proyecto Milgram
es interesante y ha sido abordado con rigor. No conociendo el proceso de su escritura a pie de escenario ni la influencia o grado de participación en ella del director (
Julián Fuentes Reta
) y los actores (
Delfín Caset
,
Pablo Huetos
,
Isabel Rodes
y
Rodolfo Sacristán
), sí podemos apreciar, en su trabajo, una complicidad creativa que avala la bondad de la fórmula ensayada. En ella se integra la música de
Oscar Villegas
, creada al mismo tiempo que el texto, junto al que ha ido creciendo. La obra se inscribe en el teatro documento, pero también está presente el
metateatro
. No en vano, el experimento de
Milgram
tenía mucho de representación y en él participaron, como ya hemos dicho, actores. Aquí,
Lola Blasco
ha elegido para el papel de alumno a una joven actriz llamada
Margarita
. Durante la entrevista en la que es contratada, se habla mucho de teatro: salen a relucir el trabajo de
Gómez
en
Informe para una academia
,
de
Kafka
, el

Fausto
de
Goethe
o las aspiraciones de los que han elegido el teatro como profesión. Cuando la recreación del ensayo científico concluye, lo hace el juego teatral y nos quedamos con el grueso de las aportaciones documentales. Parte de los materiales utilizados por la autora proceden de los interrogatorios a que
Eichmann
fue sometido durante el juicio. Otros, parecen tomados literalmente de los escritos del propio
Milgram
, probablemente de su libro
Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental
y, quizás, de otros informes y artículos sobre la materia. El interés es manifiesto, pero son textos monótonos y prolijos que recitados de viva voz nos hacen sentirnos asistentes a una conferencia y no a una función de teatro.
Proyecto Milgram
, en su estado actual, es como un diamante sin tallar. Una reescritura que los acorte y ponga la teatralidad que falta, sería el mejor colofón de esta prometedora aventura escénica.

FOTO: ANDRÉS DE GABRIEL

Más información

Proyecto Milgram. Entrevista

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO
Copyright©lópezmozo

TEATRO VALLE INCLÁN [illegible]
cdn@inaem.mcu.es